

En aquellos momentos la carta de Olimpia Andral corria en el tren hacia las montañas de Auvernia.

XIV

Una mañana enojosa.

La vispera, el señor Marcelo Danglas no había salido del Palacio de Justicia sin ser mortificado por sentimientos diversos que lo ponían en la situación de un individuo que al salir de un banquete siente que la digestión es laboriosa.

Se mordía los labios de despecho por haber cedido á los impulsos de su mujer, que quería á todo trance para él la dirección del ruidoso asunto de la calle de Vaneau.

La faz sarcástica del escribano le perseguía hasta en su interior, tan confortable de la calle Cambon, en donde el ingrato no consideraba más que un objeto más á la mujer á quien debía sus esplendores.

Además, ahora que conocía el retiro de su victima, Elena de Solmes, volvía á sentirse presa de los deseos que ella le había inspirado tan violentamente en otros tiempos.

Elena, sin estar dotada de una de esas bellezas triunfantes que imponen la admiración, tenía en su favor la gracia, la seducción y la imaginación.

La *soirée* pasó para el juez en meditaciones que no conducían á nada bueno.

A las preguntas de su mujer, se contentó con responder con fórmulas evasivas, oprimiendo los labios á la manera de las gentes

que no quieren dejar escapar un secreto ó que se absorben en un abismo de áridos problemas.

—¿Tan interesante es esa joven?

—¡Oh!

—¿Culpable?

El comenzaba á dudar.

—¿Se llama?...

No estaba seguro... Ella no daba más que contestaciones ambiguas, pero se lisongeaba de que la arrancaría la verdad.

Entretanto la había mandado á San Lázaro para obligarla á hablar.

Por el contrario, cuando se trató de satisfacer la curiosidad de la señora Danglas respecto á la casita del marqués de Caylus, estuvo muy expansivo y concluyó diciendo:

—Una alhaja, una maravilla de gusto, querida mía, allí no hay ni un mueble que no sea de la época... ¡Qué de riquezas poseen esas familias antiguas!

Terminada la comida, pretestó una neuralgia repentina y se encerró en su cuarto.

Pasó la noche intranquilo.

El recuerdo de Elena de Solmes no le dejó apenas cerrar los ojos.

Tenia prisa por hablarla.

Después de todo, ¿no le había pertenecido?

¡Tenía un hijo de él!

Si no era por ella, sería por su hijo por lo que aceptaría sus proposiciones.

Se levantó muy temprano y se dirigió de prisa á la calle de San Andrés de las Artes.

A las ocho entraba en la casa, en cuyo portal estaba la raposa con la escoba en la mano, desempeñando sus funciones.

Cuando llegó á la puerta del cuarto de las dos amigas llamó, y fué la misma Elena quien salió á abrir.

Estaba ya levantada y arreglada, como si hubiera tenido el presentimiento de los acontecimientos que se iban á desarrollar.

Al ver á su antiguo amante se puso mucho más pálida que estaba de ordinario por lo mucho que habia sufrido.

—¿Es á mí á quien deseáis hablar?—preguntó sorprendida.

—Á vos misma.

Elena se separó para dejarle pasar, y cuando llegó al medio de la habitación le indicó una silla y se sentó, sucumbiendo á las ansiedades y á las fatigas.

—Mi querida Elena—comenzó diciendo Danglas,—me he portado muy mal con vos. Vengo á solicitar el perdón.

—¿Vos?

—La vida tiene fatalidades que vos misma habéis podido apreciar; la fortuna tiene embriagueces á las cuales no se puede resistir. Yo las he sufrido, á pasar mío, como se sufre una enfermedad contagiosa... ¡Me acuso de ello! Pero no he dejado de amaros.

—¡Vos!—exclamó Elena con más fuerza.

—Sé lo que vais á decirme. ¡He sido no solo ingrato para con vos, sino también cobarde enfrente de vuestro padre!... Tuve un momento de locura y de vértigos.

Añadió con viveza:

—Además, para qué remover ese pasado que tanto me pesa, no os lo oculto. Del presente y del porvenir es de los que vengo á hablaros.

Elena no hizo un movimiento.

Danglas continuó:

—No necesito preguntaros cuál es vuestra situación... La conozco... El solo aspecto de este sitio bastaría para aclarármelo si yo no lo supiera ya... Sois desgraciada.

—¡Por culpa mía!

—Quisiera apaciguar vuestros resentimientos, borrar odiosos recuerdos.

—No podríais.

—Tal vez.

—Antes de pensar en los males antiguos os sería preciso reparar el que acabáis de hacer.

—¿Cómo?

—¡Tratando á una inocente de una manera que no merece!

—¡Y si es culpable!

—Ella. Vos no lo creéis... Es la más valiente y la mejor de las mujeres!

—Quereis hablar de Aurora Milton.

—Ya lo suponéis.

—Me ha desafiado.. Ha tenido la audacia de hacer traición á un secreto que no era conocido más que por nosotros solos.

—Me admiráis; pero si irritada por tanta injusticia se ha sulfurado contra los que la persiguen, si les ha amenazado con las armas que ella puede tener contra ellos ¿qué tenéis que reprocharla? No es á la víctima á la que es preciso culpar, sino á los verdugos que la torturan.

Se calló.

—Vengo á vos—dijo Danglas con ideas de conciliación y no tenéis para mí más que palabras amargas;—sin embargo os amo y os amo más que ántes Elena. Quisiera veros feliz... Estoy dispuesto á hacer todo lo que me sea

posible con ese objeto... Y si vos consentis en...

—¿En qué?... ¡En ser vuestra querida!... En vivir del dinero de esa Marta Virieux á quien aborrezco menos que os detesto á vos porque ella no me debe nada, nada me ha prometido.

—¿No podré aplacaros?

—Hay heridas que no se cierran nunca.

—¡Elena!

—Injurias que es preciso ser corbarde y vil para perdonar.

—¡Os lo suplico!

—Si al menos hubiera sido yo sola quien hubiera sufrido vuestra indignidad, pero matésteis á mi padre y abandonásteis á vuestro hijo!... ¿Cómo os atreveis á volver á mi con tales proposiciones? ¿Qué quereis que yo conteste?... ¡Que me causais horror! ¿Por qué obligarme á deciroslo?... Yo he sufrido cruelmente en mi orgullo y en todo mi ser... ¿He ido á turbaros en medio de vuestros esplendores?... Dejadme en mi miseria, señor de Danglas... Proseguid el curso de vuestras prosperidades... Abusad de vuestro poder para con una pobre joven indefensa, de Aurora Milton, á quien admiro y á quien no os habeis avergonzado en mezclar con todo lo que París tiene de miserable y de infame, pero no esperéis nada de mí... Tal vez un amigo venga en nuestra ayuda antes que vos pensais... Perdida por vos, bastante débil para creer en vuestros juramentos, no me quejo y no acuso á nadie.

—¡Sea!...—exclamó Danglas con despecho.

—Teneis valor por vos, ¿pero lo tendreis por vuestro hijo, por ese hijo en el que debeis pensar?

Mónica entró,

La conversaci6n se cortó de pronto.

La sirvienta traía un despacho.

Se lo entregó á su ama, quien lo abrió con viveza.

Lágrimas rodaron por sus mejillas, pero no fué más que un momento.

Hizo un esfuerzo y se levantó.

—Habláis de mi hijo, señor Danglas—dijo.

—¡De nuestro hijo!

—¡Pues bien! ni aun por él hubiera consentido en recibirlos, pero Dios me ahorra una lucha conmigo misma. ¡Leed!

El telegrama se cayó de las manos del juez.

Anunciaba la muerte del hijo de Elena.

La desgraciada madre repuso:

—Le quería con delirio, y, sin embargo, ved, no lloro... Lo que yo temblaba en mis largos insomnios, era que tuviera el alma de su padre, como tenía su sangre ¡Adiós, caballero! ¡Opresor de los débiles, ser sin corazón y sin fé, asesino de mi padre, no os conozco ya!... En cuanto á Aurora, no tiene nada que temer de vos. Es imposible que su inocencia no resplandezca, por vos y á pesar vuestro. Y en cuanto á su venganza, no la temáis... La pobre es demasiado buena para conocer el odio.

Danglas cogió las manos de Elena.

—¡Vos la conocéis bien!—exclamó.

Elena se desprendió dulcemente, y dijo:

—No, caballero... no es odio lo que siento...

—¿Qué es entonces?

—No es más que desprecio ¡Adiós!

Danglas dió un paso atrás, pálido de ira; pero no encontró una palabra que contestar y salió.

Cuando llegó al Palacio de Justicia entró en su gabinete con la cabeza alta, con su importancia de hombre que dispone del honor y de la libertad de los otros.

Catois estaba en su puesto.

El juez le dirigió una amistosa mirada, á la que el escribano apenas contestó:

En el trayecto desde la calle de San Andrés de las Artes al Palacio de Justicia, el señor Danglas se había tranquilizado, había recobrado su sangre fría.

Bien reflexionado, todo marchaba viento en popa.

Aquel Danglas tenía un excelente carácter.

Las afrentas, cuando no eran públicas, las vergüenzas y aun las bofetadas, se deslizaban sobre él como la lluvia sobre un tejado.

¡Hombre feliz!

Le quedaba en el fondo del corazón un cierto pesar por el desprecio que le había demostrado aquella Elena, cuyos sufrimientos habían disminuido sus atractivos, pero Paris ofrece á los enamorados una variedad de remedios y de distracciones de las que contaba usar largamente, á espaldas sin duda de Marta Virieux.

El también olvidaría, pero sería en la embriaguez de las voluptuosidades mundanas.

A Dios gracias, no faltan muchachas guapas en Paris... ¡Y con una cartera bien repleta!...

Con desembarazado tono preguntó al escribano:

—¡Y bien! mi querido Catois, ¿por dónde principiaremos hoy?

Catois no estaba habituado á tanta deferencia.

—Por donde queráis—contestó.—Vos vereis lo que quereis hacer.

—No. Decid; os lo suplico.

—¿Lo deseáis?

—Sí.

Tenemos á ese pobre diablo de bretón, que apaleó á la policia...

—¿José María Tregueu?

—No vais á dejarle podrirse en el calabozo por un simple pecadillo.

—Veámosle.

Catois no se lo hizo repetir.

Aquel hijo de la Bretaña le parecía á él un héroe, y mientras los gendarmes iban á sacarle del calabozo, aprovechó el buen humor del juez para preguntarle.

—¿Creo que vamos á tener algo nuevo en el asunto Caylus?

—¿Por qué?

—Ya sabéis que nuestra joven es completamente inocente. Vos debéis haberos dicho ya eso.

Marcelo Danglas estaba decidido á mostrarse magnánimo.

—Si, sí, he pensado en ello, Catois; he pensado el pró y el contra.

—No hay más que pró nada de contra.

—¡Eh! ¡eh!

—Cuando yo os lo digo, es porque así lo creo. Es una vergüenza dejar á una joven como esa en San Lázaro.

—No la dejaremos, no.

—¡Enhorabuena!

Catois observaba á Danglas con desconfianza. Le encontraba casi bueno, y esto no era natural, algo debía haber pasado.

Se abrió la puerta y José María fué introducido.

Al entrar saludó militarmente.

—¿Sois bretón? — le preguntó el juez con tono jovial.

—Sí, señor juez.

—¿De qué parte?

—Del Morbihan, cerca de Guémene-sur-Scorff, de la aldea de Pen-Coab.

—¡Hermoso país!... ¿Habeis sido soldado?

—Sí, señor juez.

—¿En qué cuerpo?

—En infantería de marina.

—¿Estais al servicio de un general?

—Y muy bueno.

—¿El general Fugeret?

—Justamente.

—¿Dónde está?

—De viaje, pero tengo la idea de que no tardará en volver, y entonces estoy seguro de mi asunto.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que mi general lo arreglará. No será él quien deje á su gente en estos apuros.

—El no impedirá que seais culpable de rebelión.

—¿Contra quién?

—Contra la autoridad, sus funcionarios.

—¡Se les conoce á esos farsantes, señor juez! Invaden casas honradas... Entran en ella como en las suyas... rompen las puertas... registranlo todo... Eso no se hace.

—Habeis maltratado á un agente y dado un formidable puñetazo á un jefe.

—Un papirotazo puede decirse, señor juez.

—Pero le hicisteis rodar por el suelo,

—¡Si eso no se tiene en pié!

—Vuestro caso es grave, muy grave.

—Estoy tranquilo.

—Sin embargo...

—Voy á deciros... Yo tenía una consigna.

—¿Una consigna?

—¿Sabéis lo que es?

—Sin duda. ¿Quién os la dió?

—Quien tenía derecho á ello, mi general... Él os lo dirá... Yo no debía dejar salir bajo ningún pretexto á la señorita... Ella debía permanecer en su habitación... Mi general me lo había ordenado... Como amo y faccionario.

—¡Funcionario!—observó Catois.

—Como queráis... Yo no obedezco más que á él... No me gustan sus reprensiones... He hecho lo que he podido. No he sido el más fuerte. Eso nos ha ocurrido otras veces... También en el Tonkin.

—No se trata del Tonkin, sino de los golpes que habéis dado.

—Lo siento, señor juez.

—¿Qué es lo que sentís?

—No haber podido dar más y no haber guardado mejor á la joven.

—Este hombre es un animal—dijo en voz baja el juez al escribano.

—Sí—dijo Catois,—pero un animal como necesitaríamos muchos. Espero que le pondréis en libertad. El se presentará si se sigue el asunto. Gentes como él no vuelven la espalda cuando se les llama. Y, además, está ahí su general, el general Fugeret, y ya sabéis que no es un cualquiera.

Evidentemente Marcelo Danglas estaba re-

suelto á todo para ganarse la buena voluntad de su escribano.

—Creo que tenéis razón—dijo.

En el mismo instante entró un alguacil y entregó dos tarjetas al juez.

Este las leyó en voz alta.

En la primera decía:

«El conde Jorge de Caylus.»

Y con lapiz estas palabras:

«Ruega al señor juez de instrucción le oiga un momento.»

Y en la otra:

«El general Fugeret.»

Nada más.

Al oír pronunciar el nombre de su general, una viva alegría se pintó en el rostro del bretón.

—¡Cuando yo decía que no estaba lejos!— exclamó.

Marcelo Danglas le invitó á callar con amable tono, lo que salía de sus costumbres, y ordenó al alguacil.

—Que pasen esos caballeros.

Catois pensaba.

—Decididamente me han cambiado á mi hombre, ¿que pasa?

Entró el general, saludó negligentemente al juez, dejó su sombrero con un movimiento brusco, en una de las esquinas de la mesa de Catois quien pensó: ¡Qué brusco!

—¿El Sr. Danglas?—preguntó.

—Soy yo, general—contestó el juez

—He oído hablar mucho de vos, caballero, á personas de la Auvernia, á quienes conocéis, y me han hecho esperar que seré favorablemente acogido. Vengo á traer algunos informes

que os serán útiles, así lo creo yo al menos.

—¿Útiles decís? ¿Y en qué, si me hacéis el favor?

—Os impedirán cometer una injusticia, ó más bien prolongar la que ya habéis cometido y por cuya causa podíais desesperaros.

La voz del general se hacía cada vez más dura.

Catois se dijo:

—Este guerrero es un bulldog.

Contrariamente á lo que podía esperarse, Danglas, después de un momento de vacilación, se mostró muy atento y afable, y dibujando una sonrisa.

—General—exclamó,—yo no deseo más que conocer la verdad y hacerla prevalecer... ¿No es esa mi misión? Tomad asiento, os lo ruego.

Catois, indignado, murmuró oprimiendo los dientes.

—¡Qué carácter tan voluble! Este hombre es un verdadero canalla.

El general no se sentó y continuó con rudeza.

—La verdad es, que esa joven no es culpable y que no puede serlo.

—¿Si tenéis buenas razones que darme?— murmuró Danglas.

—No, ella no es culpable,—afirmó otra voz muy armoniosa, pero muy firme.

—¿El señor conde de Caylus?—exclamó el juez.

Quien había dicho aquello había sido, en efecto, Jorge de Caylus, quien vestido de riguroso luto y con los ojos irritados aun por las lágrimas que había vertido, repuso:

—Creo saber todo lo que ha pasado. Me he

informado en buenas fuentes. Esa joven es un modelo de valor, de abnegación y de decoro. Vengo á pedirlos en nombre de la señora de Caylus, mi madre, y en el mío propio, que la pongáis en libertad. Yo os respondo de que se presentará en cuanto la llaméis y me alegro mucho de encontrarme ante vos unido en una misma idea con el general Fugeret, una de las glorias del ejército.

—Sin embargo...

—Sé lo que vais á decir... No insistáis, os lo suplico... Las circunstancias pueden acusar á esa desgraciada, no de un crimen sino de una debilidad perdonable, dadas las causas que á ello le impulsaron, aun esa misma debilidad no se la puede reprochar. Si la justicia quiere apoderarse del asesino de mi desgraciado hermano, hacia otro lado es hacia donde debe dirigir sus pesquisas.

—¡Dios mío! — exclamó el juez — no deseo otra cosa más que estar convencido, pero?..

—¿Quereis — repuso el general — un informe preciso, indiscutible, que os dará tal vez la clave del problema que tenéis que resolver?

—Ciertamente.

El general dirigió una mirada á su alrededor y dijo:

—No veo aquí más que personas seguras, el señor de Caylus, un soldado de quien os respondo y recomiendo á vuestra indulgencia, porque no ha hecho más que lo que yo le había ordenado, y vuestro escribano; puedo hablar. Dignaos escucharme y pesar mis palabras. ¿Si esa joven á quien creéis pobre fuese una heredera de una gran fortuna?

—¡Oh!

—¿Si desde ahora mismo no tuviera más que presentarse para recibir una fuerte suma que le ha legado uno de los amigos de su desgraciada madre?

—¿Qué decís?

Catois tuvo un momento de alegría.

—¡Toma! ¡toma! — pensó.

—¿Si, perdida hace muchos años, hubiese sido buscada por su madre, á quien jamás ha conocido, hubiese estado privada de recursos por culpa de uno de esos miserables capaces de todo, que ocultan sus vicios bajo una hipocresía engañadora y usurpan la consideración pública?..

—¿Es posible?

—¿Si, en fin, un aventurero puesto al corriente del secreto de su nacimiento, deseoso de acaparar la considerable fortuna que corresponde á esa joven hubiera querido suprimir los obstáculos que se elevaban entre ella y él, á Bernardo Chavarux, por ejemplo, que debía poseer todo ó parte del secreto, y al marqués de Caylus, que podía ponerla á cubierto de las necesidades, y por consecuencia hacer su conquista más difícil, sino imposible?..

—Me abriríais horizontes.

—Notad que esto no son más que hipótesis. Yo no acuso á nadie; pero os afirmo un hecho: Aurora Milton es rica, muy rica, desde ahora mismo, y llegará un día en que lo será mucho más.

—¿Cómo lo sabéis vos?

—Lo sé y esto basta.

—¿Conoceis á esa madre de que hablabais hace un momento?

—La conozco,

Los ojos de Catois chispeaban de malicia. Había adivinado ya ó más bien presentido una parte de la verdad.

—Fío en vuestra palabra, general—lijo el juez, y os doy las gracias por lo que acabais de decirme...

—Guardad el secreto, os lo suplico.

—¿Por mucho tiempo?

El general reflexionó un momento.

—Por veinticuatro horas—dijo.

—Bueno. Entretanto, ¿qué deseais?

El general miró un instante á Jorge de Caylus, que le escuchaba con extraordinaria emoción.

Y contestó al juez:

—De conformidad con el señor de Caylus, os pido que pongais en libertad á Aurora Milton y nos deis á nosotros la orden.

Marcelo Danglas no se atrevía á resistir, pero quiso hacer valer la concesión que quería acordar.

—Eso es grave... muy grave—murmuró.

—Sería una gran dicha para ella, para nosotros y para una amiga á quien su ausencia tiene sumergida en la más viva ansiedad. Ahora bien, caballero, la felicidad hace á uno generoso.

Añadió muy bajo:

—Ella guardará silencio; yo me comprometo á ello.

Danglas palideció y se mordió los labios.

El general conocía, pues, su odioso pasado.

—¡Sea!—dijo.

Y dirigiéndose á Catois, que no había perdido ni uno de los detalles de aquella entrevista, añadió:

—Preparad la orden.

—¿Y mi asistente?—preguntó Santiago Fugeret.

—Si se le llama para que comparezca ante la autoridad, ¿se presentará?

—Seguramente, acompañado por mí—contestó el general.

—Bien. ¡Está libre!

José María no pareció sorprenderse lo más mínimo.

Contaba con su general, y no se equivocaba.

El general y el conde saludaron y salieron, seguidos por el bretón, que miró de arriba abajo á los guardias con aire que quería decir:

—¿Lo veis?

Quando el señor Danglas quedó solo con su escribano, preguntó:

—Y bien, Catois, ¿qué decís de lo que pasa?

—Nada.

—Esa joven á quien se suponía miserable...

—Y que lo era.

—Pero ya no lo será... Esto es una novela, Catois; pura novela.

—¿No es todo una novela en la vida? Los amores que pasan, las fortunas que decaen, las bodas ricas, los divorcios que á veces las siguen, los fraudes que se hacen, los millones que se roban, las herencias que caen de las nubes, etcétera, etcétera.

—Sin duda; pero nuestro asunto...

—Decid mi asunto. Yo no tengo que ver con él. A Dios mil gracias.

—¿Qué aspecto vá á tomar?

—¡Al diablo si yo lo sospecho siquiera!

—Teniais ayer una idea...

—Perfectamente.

—¿Y hoy?

—Me afirmo en ella.

—Decidla.

—¿Queréis conocerla?

—Ya veis que os la pido.

Aquello era un milagro.

Marcelo Danglas se ponía suave como un guante.

—Que tuvisteis aquí al culpable ayer y le recibisteis con consideraciones que no merece.

—No veo...

—El que la pedía en matrimonio.

—¿Que idea!

—El barón Saint-Aubin, Máximo Saint-Aubin. Comprenderéis que es sospechoso el desinterés que quería demostrar ofreciendo casarse con una joven sin un céntimo, en un vidor de su calaña.

—¿Tenéis razón, Catois!

—Yo, le hubiera encerrado, provisionalmente.

—¡Oh! eso es delicado.

—¿Por qué?

—Un hombre conocido.

—Demasiado conocido.

—En posesión de una situación.

—Más que dudosa.

—¿Que tiene amigos!

—¿Creéis?...

—¿Y que nos da tantas seguridades del empleo de su tiempo!

—¿Y estáis seguro de que entre dos visitas no ha tenido tiempo de hacer una á ese pobre marqués de Caylus?

—¿Qué rayo de luz!

—El tiro ha sido dado por mano maestra. ¡El difunto no tuvo tiempo de decir Jesús!... Ahora bien, el barón es un buen tirador en todas las armas...

—¡Eso es perfectamente cierto!

—¿Y además conocía al dedillo la casita del marqués!

—¡Es verdad!

—Y tampoco me sorprendería que fuera él quien ha hecho desaparecer á ese Chavarux.

—¡Oh!

—¿Por qué no? ¿Cuando se tiene un pie en el crimen!...

—¡Efectivamente!

Danglas quedó pensativo un momento, en seguida dijo:

—Preparad el mandato.

El escribano lo redactó y leyó al juez, que iba á llamar, cuando se presentó un guardia, diciendo:

—Un pliego para el señor Danglas.

Era una orden del ministerio de poner en libertad á Aurora Milton, inocente en el asunto Caylus, y suspender todo arresto en aquel asunto, por razón de Estado, hasta nueva orden.

La razón de Estado era que se necesitaba echar mano á los falsificadores de Londres, y no debía dárselos la voz de alerta encerrando á su socio de París.

El juez y el escribano se despidieron hasta el día siguiente á las diez.